

Primer Festival de Cine Nacional

EPIFANIO LABRADOR

"Ni la indiferencia, ni la confusión, ni la negligencia podrán detener al cine nacional en tanto sea la genuina y la legítima forma de expresión de un pueblo, de un ser humano, de una verdad. Creemos no obstante que lo lícito, lo justo, lo que corresponde, es que este cine nacional sea dotado de los recursos a los que constitucionalmente y legalmente tiene derecho dentro de un régimen verdaderamente democrático". (Doctor Pedro Rincón Gutiérrez, Rector de la Universidad de Los Andes, en su discurso inaugural).

MÉRIDA: RETROSPECTIVA Y NUEVO IMPULSO

La ciudad cordillerana se vistió de fiesta durante nueve días. Del 20 al 28 de junio pasado crecieron en Mérida el movimiento, la alegría, el alborozo juveniles. El Primer Festival de Cine Nacional organizado por la Universidad de Los Andes y otras entidades públicas y privadas, había logrado su objetivo: concentrar la atención de todos sobre el fenómeno del cine venezolano. Allí estaba presente no sólo un nutrido número de cineastas del país, allí estaba la Universidad entera con sus estudiantes, allí sobre todo el pueblo merideño y mezclados con ese pueblo los representantes extranjeros del mundo cinematográfico. Nos honraron con su presencia y estímulo. Alemania Oriental, Argentina, Cuba, Chile, España, Estados Unidos, Francia, Panamá, Polonia, Suecia y alguna otra nación que tal vez se nos escape.

Tarea difícil apreciar en su justa dimensión la importancia de este festival. Mérida, creemos fue una reflexión que se imponía, un volver los ojos atrás, un alto en el camino largo e incomprensible de nuestro cine. Porque nuestro cine tiene su historia que podríamos comparar, sin alejarnos de la verdad, a la de un parto doloroso. Nació en Maracaibo el 28 de enero de 1897 por la original iniciativa de Manuel Trujillo Durán, creció luego en Caracas y llegó a un desarrollo sorprendente, alrededor de 1930, en Barquisimeto. En la capital larense vivió un hombre a quien justamente se le puede calificar de notable y extraordinario pionero del cine venezolano. Era una especie de "hombre-orquesta": componía los guiones, filmaba las películas, las reelaba y las proyectaba él mismo. Hoy nadie que se ocupe del cine en Venezuela ignora a este nativo de Duaca que se llamó Amábilis Cordero. Afortunada-

mente su obra, aunque no completa, se ha recuperado para fruición de todos y provecho de las futuras generaciones de cineastas.

Desde aquella memorable fecha de 1897 en que los Trujillo Durán exhiben en Maracaibo "Un célebre especialista sacando muelas en el Gran Hotel Europa" hasta "Manuel" de Alfredo J. Anzola, la ruta ha estado sembrada de riesgos y peligros. Por esas contradicciones que tiene la vida, ha sido precisamente la ciudad de Maracaibo, cuna de nuestro cine, la que apenas hace unos meses le ha prohibido la entrada, proscribiendo de sus teatros la película "Manuel". Aquí se puede afirmar que la madre reconoció al hijo de sus entrañas! Con razón el Festival, en declaración pública y solemne, pidió a las autoridades que rigen este medio que "muestren respeto al pueblo venezolano permitiéndole ver su propio cine".

Desde "Carnaval en Caracas" (1909), pasando por "La Dama de las Cayenas" (1913), "Taboga" (1937) y "La Balandra Isabel llegó esta tarde" (1949), hasta "El pez que fuma" y "El domador", filmes a los que se otorgaron los primeros premios en el Festival, nuestros realizadores han tenido que sufrir la precariedad económica, cuando no la indiferencia, la apatía y las actitudes negativas de las oficinas y ministerios dedicados supuestamente a la promoción de la cultura. ¿Llegaremos algún día a entender que es preciso invertir en cultura si queremos hacer de Venezuela un pueblo "sano, sabio y sagaz"? Recordemos que el cine, fuera de industria, es cultura, lenguaje, expresión artística, vehículo de ideas, comunicación, que, si cumple debidamente sus funciones, enriquece al hombre y engrandece a una sociedad.

Mérida no puede ser un alto en el camino para quedarnos dormidos en las alturas a que hemos llegado. Desde la

ciudad hasta los picachos de nieve hay mucho que andar. Restan a nuestros cineastas fatigosas jornadas de ascensión y las cimas de la cordillera los invitan a subir hasta donde se enrarece el aire. Con esto queremos señalar que, si bien hemos vuelto la vista atrás y hemos sopesado la obra de nuestras manos, obliga mirar hacia el futuro con optimismo, serenidad e inteligencia. Ni barreras ni trabas ni atoladeros podrán detener ya ni retardar el vuelo de las Cinco Águilas Blancas, vuelo emprendido hacia el infinito como lo expresara en metáfora feliz el Rector de la Universidad en la clausura del Festival.

PERSPECTIVAS Y PROYECTOS

Si el Festival de Mérida impulsa a tender la mirada hacia el futuro del cine venezolano, nace inmediatamente un interrogante: ¿Qué hay que hacer ahora? Pensando un poco sobre el tema —que juzgo de vital trascendencia— me atrevería a indicar los siguientes puntos:

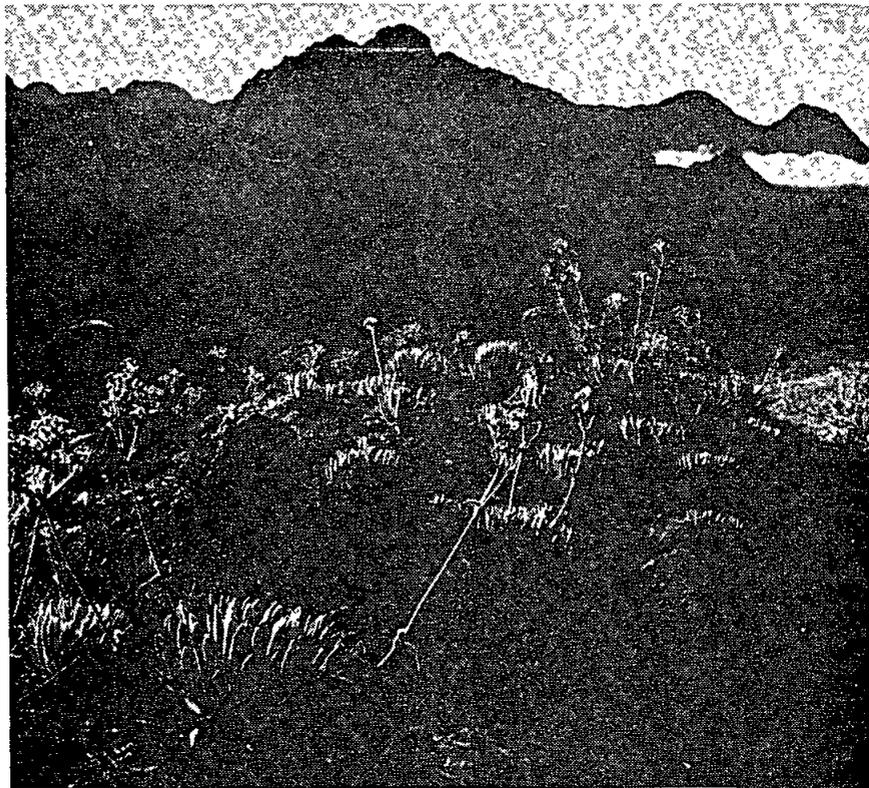
1. Teorizar para dar un salto cualitativo. Nuestro cine indudablemente ha estado influenciado hasta el momento por la cinematografía de otras latitudes, de modo muy especial la de Estados Unidos. También ha sufrido, como todos sabemos, un influjo no pequeño del cine llamado comercial o publicitario. El hecho por otra parte era obvio y natural. Nuestros cineastas tenían que aprender la técnica, familiarizarse con el arte y sus reglas gramaticales, recorrer un camino de todo punto obligatorio. Pero creemos que ha llegado la hora —y Mérida nos da el campanazo— de virar hacia nuevos, totalmente nuevos derroteros. En una palabra ha llegado el momento de generar lo que hemos denominado un salto cualitativo. Ahora bien este salto exige sus condiciones para llegar a una realidad. Es preciso ante todo dedicarse de lleno a una búsqueda, a una indagación y exploración seria y profunda de nuestra idiosincrasia y de nuestro ser venezolano. Es preciso adentrarse en el pueblo, en sus problemas, en su cultura, en su lenguaje y en su sentir propio e inconfundible. Y la pantalla entonces debe reflejar a ese pueblo nuestro sin máscaras, sin maquillaje, sin estereotipos. Una vez entendida y experimentada la realidad ve-

nezolana en sus múltiples aspectos, restaría una tarea no menos ardua y costosa. la de hallar un lenguaje, una técnica y un estilo propios, un cine nuevo y un cine criollo, inconfundiblemente venezolano. He aquí un reto, un desafío, que exigirá a quienes en Venezuela hacen cine un trabajo duro y consagrado. Estamos convencidos de que nuestros cineastas poseen la capacidad anímica y técnica de aceptar el reto y superarlo.

2 Promoción del circuito alternativo. A un cine-industria tenemos que oponer un cine-cultura, un cine que llegue a todos los estratos del pueblo venezolano. Ante el poder y la persistencia de distribuidores-exhibidores-transnacionales, no queda otra salida sino la que hasta ahora apenas se ha iniciado, la del nominado **circuito alternativo**. Esto es, la del cine en pequeños formatos (habría que pensar seriamente en el Super-8), la de ese cine que se proyecta a grupos universitarios, a grupos obreros, en cineclubes, en salones populares, al aire libre y sobre los muros blanquecinos de nuestras calles

3 Enseñanza del séptimo arte. Esta enseñanza, en mi opinión, debería comenzar en los grados de primaria y continuar a todos los niveles de educación. El cine es una "literatura", un lenguaje, un modo de expresión humana. En el cine nos hallamos cada día más inmersos. Urge comprender sus mecanismos, desmontar su misterio y fascinación, para adquirir una actitud crítica ante la pantalla y no caer en sus trampas. El niño, el joven, debe aprender hoy a interpretar la imagen en movimiento del celuloide y a expresarse, si es posible, en tal imagen, como ha aprendido desde sus tiernos años a leer las palabras escritas de un libro y a expresarse de modo semejante. La tarea compete a todos, pero de manera particular al Ministerio de Educación.

4 Cine para niños. Tendría dos vertientes una, la del cine hecho por adultos para niños, y otra, la del cine hecho por niños para niños. Conocemos los ensayos exitosos del Departamento de Cine y de la ULA, sabemos del esfuerzo personal y privado de algunos cineastas, pero todavía es poco lo realizado en el campo. Y es importante. No deberíamos tolerar por más tiempo que el cine extranjero, principalmente el cine vehiculado por la televisión, siga deformando la mente (y el corazón!) de nuestros niños. Para decir lo menos, el cine que actualmente ven los niños venezolanos no es un cine para ellos; es un cine de adultos, con pro-



blemática de adultos, realizado de manera infantil. Aquí se abre de nuevo un área de investigación y de trabajo inexplorado.

5. Frente compacto y solidario. El Festival de Mérida se convirtió, entre otras cosas, en la gran oportunidad para disipar prejuicios y derribar barretas entre la propia gente del menester cinematográfico. Así lo han confesado los mismos interesados en declaraciones a la prensa. Los cineastas venezolanos —estamos seguros— persiguen unos mismos e idénticos objetivos que no pueden estar ni al margen ni en contra de Venezuela, sino dentro del país y en favor del país. Los han distanciado tal vez procedimientos y políticas y causas y condiciones externas a ellos mismos. Pero todo esto no debe obstar —Mérida es un reclamo— para que en adelante los diversos sectores del gremio conformen una sola línea de batalla. El "divide et impera" de los romanos hay que tenerlo presente. El adversario es superpoderoso y cuenta con millones. ¿Contamos nosotros con la fuerza invencible de la unión?

Y no podemos concluir estos comentarios sin recordar que el Proyecto de Ley de Cine todavía duerme en las gavetas del Congreso. ¡Han pasado quince años de gestación! En Mérida se vislumbró una esperanza, pero de esperanza nadie vive; el cine sobre todo vive de realidades!

